

# Génesis pensamiento jurídico en la literatura mitológica\*

Genesis of Legal Thought in Mythological Literature

José Guillermo Eduardo Ferro Torres\*\*

Citar este artículo como: Ferro, J. (2017). Génesis pensamiento jurídico en la literatura mitológica.  
*Revista Verba Iuris*, 12(37), pp. 43-58.

## Resumen

El objetivo de este artículo es iniciar la identificación de las conexiones existentes entre el mito con el Derecho una vez descrita la relación entre el Derecho y la literatura presentada en el primer artículo de la investigación adscrito al proyecto Derecho penal y Literatura dentro de la línea de investigación Derecho penal y realidad de la Facultad de Derecho Usta, presentando los múltiples puntos de contacto entre los dos apartados, para luego arribar a las conclusiones desprendidas de tal emparentamiento, entendiendo al mito como la forma más antigua de advenimiento del pensamiento literario en sus enclaves con el Derecho penal especialmente al indicarle al hombre primitivo una opción de comportamiento adecuado según las expectativas de esas primeras sociedades humanas.

**Palabras clave:** Mito, evolución, aparición, derecho, correlaciones.

## Abstract

The objective of this article is to begin with the identification of existing connections between the myth and the Law, once described the relation between the Law and the Literature as presented in the first article of the research attached to the project Criminal Law and Literature within the line of investigation Criminal Law and Reality of the Law School of Universidad Santo Tomás de Aquino.

---

Fecha de Recepción: 15 de diciembre de 2016 • Fecha de Aprobación: 1 de marzo de 2017

\* El artículo es producto del proyecto de investigación: "Derecho penal y Literatura" gestionado al interior de la Universidad Santo Tomás, Sede Bogotá

\*\* Magíster en Derecho Penal. Docente e Investigador de la Universidad Santo Tomás (Sede Bogotá). correo electrónico: [jogferro@hotmail.com](mailto:jogferro@hotmail.com)

Reception Date: December 15, 2016 • Approval Date: March 1, 2017.

\* The article is a product of the research project: "Criminal Law and Literature" managed within the Universidad Santo Tomás (Bogota).

\*\* Master in Criminal Law. Professor and Researcher of the Universidad Santo Tomás (Bogotá). Electronic mail: [jogferro@hotmail.com](mailto:jogferro@hotmail.com)

This is presenting the multiple points of contact between the two sections, and then, arriving at the conclusions drawn from such relationship, understanding the myth as the oldest form of advent of literacy thought in its enclaves with Criminal Law, especially when indicating to primitive man an option of behavior which is appropriate to the expectations of these early human societies.

**Keywords:** Myth, Evolution, Appearance, Right, Correlations.

## Introducción

Este artículo es una segunda entrega de los avances realizados para el proyecto Derecho penal y Literatura dentro de la línea de investigación Derecho penal y realidad; anteriormente se hizo pública una primera entrega titulada: Derecho y Literatura en el que se hacía una aproximación inicial a las relaciones existentes entre Derecho y Literatura, enfatizando en él la importancia del manejo de obras narrativas en la enseñanza del Derecho especialmente en el área penal. Esta segunda entrega consta de tres partes, la primera de ellas se titula La verdad, patrimonio divino en el que se aborda el nacimiento del mito centrando la mirada en el enfrentamiento entre lo sobrenatural con lo terreno.

La segunda parte pretende señalar los límites de la noción del mito como tal vez la forma más antigua de la literatura, desligada del aspecto religioso al enmarcarlo como un elemento literario y mostrar su relación con el Derecho.

En la tercera se presentan unas conclusiones preliminares, subtituladas con el nombre de “El Derecho” en las coligen gracias a los estudios indicados en la segunda parte inherente a la filiación de las distintas mitologías clasificadas que son susceptibles de entrelazarse con facetas vinculadas con el plexo axiológico del Derecho.

## La verdad, patrimonio divino

El nacimiento del mito, enfrenta lo sobrenatural con lo terreno, pues de una parte se alinean los dioses, y de otra los simples mortales, que reconocen como inalterables los dictados de

aquéllos, que adoptan como reglas de oro para resolver todos sus asuntos domésticos.

Es un instante de la evolución en donde el pensamiento es intuitivo, carente de asociaciones que favorezcan la formación de apotegmas seguros, en donde se asimilan procedimientos que han sido empleados en el pasado por seres sobrenaturales y que se implantan en las incipientes sociedades sin que resulten convincentes como portadores de razón, sino por provenir de una fuente que se estima segura por ser superior.

Dios no puede equivocarse porque sus decisiones han nacido de un conocimiento exacto de las causas que ocasionaron los fenómenos juzgados. No vale la pena preocuparnos ahora por advertir el grado de logicidad presente en los escasos relatos que han llegado desde esas remotas épocas a nuestro dominio, ya que ellos serán incompletos y lánguidos por derivar de manos comprometidas e imperfectas, los que sin embargo, resultarán suficientes para sugerirnos la concreción de una justicia ideal. Sólo aquí vemos la estricta identificación entre pecado y delito, lo sobrenatural condicionando en medio de la dictadura de la absolutez a lo mundano.

La cesión del Derecho a la intimidad, a las fuerzas originadoras de la vida, el dominio de la fragancia, que tornaba inocuas controversia y justificación. Dios, sin embargo, en medio de bondad y clemencia manifiestas, procuraba guardar las formas de cada juicio, en ocasiones como la del proceso a *Adán* y *Eva*, que habiendo transgredido la prohibición a ellos impuesta, por elevación insensata del riesgo, al saborear el fruto del bien y del mal, conociendo

la falta cometida, se avino a dar una muestra de su sabiduría dialéctica, del correcto manejo de la sicología individual y un anticipo de la técnica del interrogatorio cuando preguntó al primer hombre acerca de su paradero, quien respondió vacilante, que temía comparecer ante su presencia por hallarse desnudo y sentir vergüenza (Antiguo Testamento. Génesis, capítulo III. Vrs. 9 a 19), estado que le permitió al *Creador* deducir que había violado el deber que le impuso, ya que tal sensación se derivaba de manera incuestionable de la inseguridad aneja a la condición de transgresor y que la conciencia acusadora (que en las épocas venideras iba a ser tan explotada), afloraba como evidencia que la perspicacia del *Ser Supremo*, advirtió de inmediato.

Empero, tal vez con la recóndita esperanza de que la pena le fuera eliminada o disminuida, optó por señalar a *Eva* como la instigadora del condenable proceder, (no se sabe si recibió beneficios procesales), expediente que en vez de favorecer a nuestro antecesor remoto, extendió las secuelas punitivas a la primera dama del paraíso, sembrando un antecedente que en el futuro se repetirá muchas veces. La concatenación mental del *Supremo*, es impecable en la medida en que el estado anímico del reo, sólo era atribuible a su condición reprochable, coligiéndose que la confesión, poco lo ayudó, porque con independencia de la misma, el *Altísimo*, no habría encontrado óbice para esclarecer la verdad, como que aquí obró como un mero formalismo.

Es penoso registrar que con el tiempo, la sanción complementaria impuesta a *Eva* por su estulticia, consistente en parir los hijos con dolor, (la medicina moderna lo ha eliminado) y estar sometida a la potestad y dominio de su marido (ya las mujeres no se casan y cuando lo hacen son las que mandan), se evada con tanto descaro.

El precedente suceso puede tenerse como el germen de las penas de muerte, ostracismo

y trabajos forzados, así como de la inspección, del Derecho de defensa y el método deductivo. Con el trato preferencial que el *Señor* prodiga a Abel sobre Caín, se rompe la imparcialidad que debe caracterizar la labor de juzgamiento, de tal suerte que cuando éste mata a aquél, ha debido declararse impedido, por la inquina que le profesa al homicida. En lugar de ello, y sin haber segunda instancia posible, procede a seguir similar rito al utilizado para condenar a sus ascendientes: Pregunta al inculcado por la suerte de su colateral, después de inspeccionar el terreno en que debía hallarse éste, a lo cual manifiesta que no la conoce, porque él no es guarda suyo. (Antiguo Testamento. Génesis Cap. III. Vrs.1 a 16). Se advierte, de entrada, que tal actuación es inocua porque ya el *Todo-poderoso*, lo ha sorprendido cuando perpetraba su execrable cometido y el paso que sigue es de mero trámite. La condena es a nuestro parecer, contradictoria pues en el caso de *Adán*, se situó a un ángel en las puertas del Edén para impedir que allí accediera y pudiera degustar el fruto de la inmortalidad, mientras que en éste, se le sanciona a vagar por el mundo (pésimo precedente, que daría lugar a las leyes conectadas con estados peligrosos), por los siglos de los siglos, es decir a no convertirse en polvo.

Como pena accesoria, se le marcó (inicio de la estigmatización), para que nadie le diera muerte. No consta en el relato bíblico, que el arrepentimiento mostrado por el sentenciado, le hubiera servido para ajustar la dosimetría punitiva en pro suyo.

Dentro de la densidad de los legados atávicos que nos han sido enviados desde las tinieblas de eras allende el recuerdo, se destacan como paradigmas palpitanes, algunos temas inscritos en obras teatrales como el mito de Edipo y el Edipo Rey de Sófocles (1968, pp. 465 y ss.) que fusiona en una sola persona a investigador e investigado, que mediante un sondeo en su propia subjetividad, descubre su grado de compromiso con la perpetración del ilícito

y que lo mueve a tomar drásticas determinaciones contra sí mismo. El motivo, lo vemos repetirse a lo largo de los siglos posteriores, con inusitada frecuencia, en obras literarias como novelas, cuentos, teatro, poemas e incluso haber asumido un papel independiente dentro de la moderna psicología.

Pero resultan más numerosas, casi que forman un patrón tanto en la tradición occidental como en la oriental, las tramas sustentadas en la colocación de artificios, trampas, mecanismos engañosos, que facilitarán la captación de rasgos identificables o de la comisión de la conducta o de particularidades de su autor, dando contornos borrosos a la figura del determinador, tan discutible en la actualidad, pero que otrora, fungía las veces de recurso para atildar la sagacidad o del representante de la legitimidad sobre el malhechor o viceversa. Buenos ejemplos suyos, están contenidos en “Alejandro o el pseudoprofeta” de Luciano de Samosata, (1965) “Vida de Coriolano” de Plutarco, (1964) “Don Quijote de La Mancha” de Cervantes (1968).

## El mito

No obstante, antes de atacar el suculento platillo del estudio de modalidades criminales en el nacimiento mismo del mito, -tal vez la más antigua forma literaria- nos compete decir algunas palabras introductorias acerca de la mitología misma: Durante dilatado tiempo se ha supuesto que ella, era un conjunto de datos derivados de la fantasía de humanos primitivos con pretensiones de poetas. Se consideraban los mitos como narraciones novelescas sin utilidad para el historiador o el científico, y cuando más eran dotados de seriedad, se les ubicaba dentro de los hijos de lo fabuloso, con sede en las primeras sociedades.

Tal vez la mitología griega, que es la más conocida, nos permita entrever mediante el despojo del encanto poético de sus más

conocidas muestras, que llegaron a percibirse como cuentos extravagantes y escandalosos en elevado grado. El genio helénico, tan sublime e inspirado siempre en factores de rectitud y eticidad, parecía haberse hecho traición en lo concerniente a las ideas religiosas, puesto que presentaba a los dioses, no ya como hombres poseídos por pasiones y debilidades harto humanas, sino como autores de repugnantes crímenes, tales como el homicidio, el incesto, el hurto, la estafa, etc. que los ordenamientos legales como las morales, han proscrito en todos los tiempos. No faltó quien llegare a creer que el desapacible piélagos de la mitología no merecía la pena de sondearse, pues sólo causaba disgustos y contrariedades y conducía a poner de relieve las tinieblas en que vivió, respecto a los valores que cohesionaban la sociedad griega y cuyo pensamiento se ha mantenido airoso a través de todas las épocas.

Pero los adelantos, descubrimientos, la labor lenta y fecunda de la filología comparada y de la arqueología oriental, han venido a servir de poderosos auxiliares para el conocimiento provechoso de los mitos. La filología aclarando el oculto significado de las fábulas, y la arqueología completando el cuadro de los sistemas mitológicos de los pueblos antiguos. Gracias a estos adelantos, la mitología ha dejado de ser un estudio de mera erudición, puesto que no sólo en los estudios históricos, sino en los filosóficos y desde luego en los jurídicos que ahora replanteamos, sirven de mucho las interpretaciones de los mitos.

De ahí que la mitología haya con toda justicia merecido el nombre de ciencia. Su conocimiento es útil para los filólogos que investigan los orígenes y raíces de las lenguas indoeuropeas, y ellos han formado la mitología comparada, que reclama en este artículo parte muy principal, en cuanto se enfoca hacia su capacidad ilustrativa en el ámbito de la normatividad de toda clase, pero en especial en la criminal. Parte muy importante suya es

la simbología, o sea la interpretación de los símbolos contenidos en los mismos mitos, en sus personajes y en los atributos de éstos.

Las fuentes de la mitología son, los textos de los autores clásicos, cuyas versiones, en veces contradictorias, revelan las variantes, que con el transcurso de los tiempos y el incesante cambio de las situaciones, sufrieron las tradiciones al respecto. Fuentes muy veraces, son los papiros, inscripciones y monedas. Las representaciones, imágenes e ídolos son para los mitólogos pruebas de comparación de los textos, inscripciones, etc. Tan importante y vasta materia exige que se trate con algún detenimiento, sobre todo cuando nuestro objetivo es extraer sus nutrientes punitivos, ordenando tal asignatura de acuerdo con la agrupación nacional, étnica o histórica a la cual pertenecen las muestras que hemos tomado. Empero, es fundamental que distingamos entre el sentimiento religioso y la mitología, para acomodarnos a las sugerencias de ilustres mitólogos. (Eliade, 2001, pp. 9 y ss.)

Los mismos griegos consideraban la mitología y la religión como fenómenos distintos, con frecuencia contradictorios. Pues al paso que conocían las narraciones de los amores ilegítimos de Júpiter, lo concebían no sólo como *Dios supremo* y dueño todopoderoso del mundo, sino como padre de la raza humana, a la que vigilaba de continuo, según expresa Hesíodo cuando dice que el ojo de Zeus lo veía todo y lo conocía todo (Hesíodo, 1983, pp. 74 y ss.) y como consecuencia no necesitaba probar nada, pues sus propias percepciones lo convertían en testigo de privilegio.

Lo consideraban, por lo tanto, como *Dios* justiciero, que recompensaba al bueno y castigaba al malo. Es evidente, por otra parte, que las fábulas no fueron inventadas por los poetas para divertir a la multitud, (la política de pan y circo se consolidó después). La primitiva fuente de esas ficciones peregrinas y maravillosas, que ya repetían, sin comprenderlas, los griegos de

los tiempos homéricos, han de buscarse en la imaginación popular, y debieron tener desde su nacimiento una significación racional. En esta creencia, la crítica moderna dirige todos sus esfuerzos a remontarse a tan oscuros y remotos tiempos para desentrañar el origen de los mitos.

Ya los griegos se propusieron resolverlo desde que nació entre ellos la filosofía. Bien se comprende por aquella declaración de Jenofonte que "*Dios es uno, el más grande de todos los seres, no semejante a los hombres en cuanto a la forma, ni en cuanto al pensamiento*" (1965). Que las sencillas creencias de las primeras edades se hallaban algo perturbadas en algunos espíritus. Platón desterraba a Homero de su República, por haber hablado mal de los dioses. (1969, p. 666)

Los mismos poetas, que hallaban en las aventuras de los dioses y de los héroes abundantes motivos para sus composiciones, se sentían en veces coartados por lo que tenían los mitos de absurdo, pervertido o íntimo. Píndaro vacilaba para, al escoger tradiciones mitológicas, desechar las que pudiesen deshonar la majestad divina (1967, pp. 10 y ss.) y Eurípides trataba estas tradiciones de "Miserables historias de poetas" (1968) afirmando que si los dioses tuvieran alguna cosa de malo, no serían dioses. El buen sentido natural de los griegos, dice Mircea Eliade, se resistía a reconocer, en los objetos de su adoración, dioses borrachos, asesinos o adúlteros, y por tanto se inclinaban a poner en tela de juicio, la veracidad de algunos historiadores divinos, de lo cual a negar la realidad de la mitología no había más que un paso. (Eliade, 1981, pp. 43 y ss.)

Para unos los mitos no son más que una envoltura que esconde los tesoros de una ciencia misteriosa, en cuyo interior, los primeros filósofos ocultaron su conocimiento de las grandes leyes del mundo físico y del origen de las cosas. La lengua alegórica utilizada por aquellos sabios, les prestó el irremplazable servicio de transmitir

a sus discípulos la ciencia que poseían. Por haber caído en desuso su interpretación, dejó de ser comprendida, y se la había tomado a la letra. La clave de la fraseología mitológica creía hallarse en Epicarmo, quien afirmaba que no eran los dioses, en realidad otra cosa que los vientos, el agua, la tierra, el sol, el fuego y los astros (Jámblico, 1963, p. 78). O bien con el filósofo Metrodoro, que las aventuras de los dioses representaban las diferentes combinaciones de los elementos en el seno de la naturaleza (Laercio, s.f.).

Otros, considerando que la religión es el freno más poderoso de las pasiones humanas, se imaginaron que las fábulas que hablaban de la omnipotencia de los dioses y de su vigilancia del mundo habían sido inventadas por los sabios antiguos, deseosos de inspirar al vulgo un terror saludable y de imponer una moral que mejorase su condición y que las fábulas que suponían debilidades y vicios en los seres sobrenaturales, debían ser invenciones de algunos poetas perversos.

El filósofo Erhemero, propuso otro sistema de interpretación. Encargado por Casandro de efectuar un viaje de exploración por el Mar Rojo y las costas meridionales del Asia, llegó –según cuenta–, en su navegación a través del Océano Indico a la isla de Pancaya, donde descubrió ciertas inscripciones que fueron una verdadera revelación acerca de los dioses helénicos, como que estos no figuraban allí dentro de la galaxia de los seres omnipotentes, sino como príncipes, guerreros o filósofos ilustres, que después de su muerte, habían recibido, del reconocimiento y admiración de sus semejantes, honores divinos (Ennio, 2006). Es decir, que la mitología en este caso, no era más que el primer capítulo de la historia de Grecia. El sistema de Erhemero interpretado en Roma por Ennio (pp. 46 y ss.) y del cual se valieron los apologistas cristianos para combatir el paganismo, tuvo, pese a su evidente falsedad, muchos partidarios, y hasta

en tiempos posteriores, como el abate Badier a fines del Siglo XVIII.

Análogo criterio al de los erhemeristas, manifestó el orientalista Bochart, que derivando las voces griegas de raíces arcaicas, creyó hallar relación entre la mitología de Homero y las tradiciones del Antiguo Testamento, hasta el punto de creer que Noé, se oculta bajo la figura de Saturno, y que los tres hijos del patriarca, eran para los griegos, Júpiter, Neptuno y Plutón. (Bochart, 2005)

En las mismas ideas y comparaciones abundó Vossius. Huet, Obispo de Avranches, quiso establecer en su obra *Demonstratio Evangelica*, que todos los elementos de la teología pagana estaban tomados de Moisés, afirmando que el legislador hebreo fue el prototipo de la mayor parte de los dioses griegos y su hermana Mirion el prototipo de las diosas (Huet, 1690). Más razonable, pero acorde con esa doctrina, Gladstone, el célebre hombre de Estado de Inglaterra, en sus obras sobre la edad homérica y su *Juventus Mundi*, sostiene que la Mitología griega es una corrupción de altas y misteriosas doctrinas, reveladas en su forma original, por *Dios* a la humanidad (Gladstone, s.f.). La idea de buscar en la Mitología griega los vestigios de una sabiduría misteriosa y antigua dominó los estudios de los siglos XVIII, XIX y principios del XX. Creuzer, por ejemplo, en su obra de *Simbólica y Mitología*, expone su creencia que en Asia, en una época muy antigua, debió dominar un sistema religioso cuyas doctrinas, singularmente puras y elevadas, fueron enseñadas a los hombres por sacerdotes en un lenguaje figurado y bajo una forma simbólica, que con el tiempo, de manera gradual, los símbolos habían sustituido a las ideas que en su origen fueron imágenes.

Los signos sustituyeron a las cosas significadas y así los mitos acabaron por inundar la religión hasta desfigurarla. Para este autor, la mitología no era otra, que una serie de enigmas

simbólicos (Revisar Creuzer, 1836). En tal condición, estaba el difícil caso de la interpretación de los mitos, cuando Otfried Müller, en su obra *Prolegómenos a una Mitología Científica*, vino a exponer con singular claridad, por vez primera, el problema de la Mitología griega y a implantar de modo seguro una metodología de interpretación segura que sirvió de punto de partida a los trabajos de Gerhard, Welker y Preller (Müller, 1825). Dotado del vigor científico y del genio de la intuición, que penetra el estado de espíritu de los pueblos primitivos, fue el primero que supo comprender y definir el verdadero carácter de las leyendas divinas de la antigüedad.

Donde sus predecesores no vieron más que dogmas misteriosos de una casta sacerdotal o invenciones de los poetas, él percibió con gran nitidez, la obra sencilla de la humanidad, en su infancia. Apreció los mitos como un acto inconsciente y necesario, por el cual el espíritu del hombre, aunque incapaz de abstracción, disfrazó todas sus formas de entendimiento bajo una forma concreta y viva. Y alterados esos mitos, por los caprichos de la tradición oral, embellecidos y desfigurados por los poetas, sufrieron con el transcurso del tiempo, numerosas transformaciones.

Para conocer el significado de los mitos, lo primero, –según el sistema de Müller–, es despojarlos de todos sus elementos accesorios y buscar su forma más antigua, hasta encontrar su origen, o sea su nacimiento en la imaginación del hombre primitivo. Para conseguir este resultado es indispensable el auxilio del lenguaje, el estudio de las ceremonias de culto y de las instituciones religiosas, que, estando en relación con las creencias, esclarecían aquella significación. La contemplación de los paisajes en cuyo seno nacieron algunas de las tradiciones míticas. La observación de los fenómenos de la naturaleza, y los efectos que estos produjeron en las tiernas imaginaciones

primitivas y la comparación de todas las fábulas semejantes para descubrir las causas iguales de que nacieron.

Además, para tales trabajos de investigación, no había que circunscribirse sólo a los horizontes de Grecia, sino que era menester buscar las sagradas fuentes de la India y Persia, conocer los dioses del norte y examinar las tradiciones populares, para con tales informaciones poder juzgar de un modo más verdadero la facultad creadora de los mitos. Empero, el paso más avanzado y decisivo en la búsqueda de las mejores herramientas para desentrañar la naturaleza del mito, lo vino a dar la mitología comparada, cuyos principios establecieron según Adalberto Kuhn y Max Müller, que es una rama de la filología comparada, ciencia un poco más antigua, puesto que nació a fines del Siglo XVIII, cuando se descubrió la lengua sánscrita.

Este descubrimiento fue capital y trascendental, lo mismo que acaeció con la lengua, sucedió con la religión. Los pueblos arios, al abandonar sucesivamente su lugar de nacimiento, llevaron todos, las mismas tradiciones religiosas, que cada cual debía de modo separado modificar y transformar. Reconocido esto, luego ocurre que la presentación de todas estas mitologías, descartando los elementos comunes a toda la raza aria, puede ponernos en la pista de las creencias de nuestros padres y hacernos ascender, a través de una larga serie de siglos, hasta los días en que naciera aquel sentimiento de lo divino, y se tradujera a la poesía del lenguaje.

Y así como el sánscrito, nos da los rasgos más fieles de la lengua madre, de las diferentes expresiones hablantes de las lenguas de los pueblos indo-europeos, así Los Vedas, que son los libros religiosos más antiguos, nos ofrecen la imagen menos alterada de las creencias primitivas. El Rig-Veda, ese conjunto de los himnos sagrados de los arios, no contienen símbolos ni alegorías, sino la expresión sencilla,

el fiel reflejo de las impresiones producidas en el alma humana por el espectáculo de la naturaleza. El ario siente la presencia y la dominación de un poder misterioso, y no sabiendo cómo nombrarlo, lo glorifica en cada uno de los fenómenos por donde su acción se le manifiesta. Lo adora en la producción del fuego, en el curso regular de la luz del día, en las nubes, en el viento y en furor de la tempestad.

Todo esto, se transformó por la magia de un sentimiento poético y adquiriendo algunas veces, para el ario una existencia substancial, se convirtió gracias a la alquimia de su imaginación en seres maravillosos, a los que rindió culto por reconocimiento y respeto, por amor o temor, tal vez los dos más grandes sentimientos que mueven el mundo. Los nombres que daba a todos aquellos fenómenos, fueron los de estos seres maravillosos, es decir, de los dioses, aquellos sopores vagos y fugitivos, que se han anclado en nuestras conciencias y que no hemos podido expulsar.

El principio fundamental de la mitología comparada se encierra en el axioma repetido con frecuencia, acerca de que los dioses, no fueron en un principio, más que nombres, simples epítetos aplicados por los arios a los fenómenos que herían sus ojos, es evidente que la naturaleza de estos dioses se esclarecerá por sí misma, si se llegan a correr los velos que cubren la significación de las designaciones que les fueron atribuidas por sus iniciales adoradores.

Los mitos, es decir, las acciones atribuidas a las divinidades, a menudo inexplicables, que se encerraban en los límites de Grecia, tendrán sentido, cuando gracias a los Vedas, se descubra el orden de fenómenos naturales a que en un principio se refirieron. Pero es forzoso reconocer que, determinar el sentido exacto de esos primeros epítetos que se convirtieron en dioses, es tarea de extrema dificultad.

En la edad en que la lengua creaba, sin querer, las personas divinas, edad de

impresiones sensibles y vida poética que no conocía abstracciones, cada objeto, cada fenómeno, impresionaban al hombre por cualidades varias, que él debía expresar por otras tantas voces distintas. ¿Cómo había de bastar una sola palabra para traducir todas las impresiones que evocaron en aquellas almas jóvenes, el espectáculo del sol, observado en su corta y brillante carrera? Para ellos era el sol el que vivifica y fecunda, pero era al mismo tiempo, el que quema y mata. Era el disco vivo, que cada mañana inunda de alegrías el corazón del hombre, encogido por las angustias de la noche. Era el arquero celeste que lanza sus dardos de oro en el espacio etéreo. Era el vencedor de los poderes tenebrosos. El que rompe y disipa las sombrías nubes, era el héroe de vida efímera que nace por la mañana para morir a la tarde, consumido en el poderoso abrazo de la hoguera que le inflama. El Sol podía, por lo tanto, ser designado por nombres diferentes, según la lente que se utilizara para mirarlo.

Más tarde, cuando se le dio un nombre fijo, sus antiguos epítetos, ya avejentados y en desuso, continuaron viviendo, pero cayeron en el dominio mitológico. Los diversos atributos de un mismo ser, cuando dejaron de comprenderse como tales, se transformaron en otros tantos seres divinos, hijos de la ilusión producida en el espíritu del hombre por su propio lenguaje. También ese carguero trashumante de sus propios anhelos sociales, llegó a asignarle propiedades que debían poseer relevancia dentro de su círculo de familiares y amigos y así la justicia, la igualdad, la benignidad, la venganza etc. empezaron a tomar su puesto dentro de las condiciones que se proyectaban.

Los griegos se acordaban todavía de que Febo y Apolo, Helios e Hyperion, no eran otra cosa que los nombres diversos dados a un mismo *dios*. Pero ya no sabían que Hércules, Perseo, Edipo y otros héroes, no fueron en un principio más que epítetos asignados por

igual, al divino *Sol*. Gracias a la exuberancia poética de la imaginación de los primeros arios, el mismo espectáculo natural había dado nacimiento a muchos dioses distintos, cuyo origen común intenta, no sin pena, encontrar la ciencia. Los términos de que los arios se valieron para expresar las impresiones que tales fenómenos les causaran, no pudieron ser ni tan precisas ni tan características que quedaran como inseparables de los objetos. Una misma cualidad podía ser común a varios objetos a la vez. Y si dichos objetos hubiesen sido a la vez designados por la misma palabra que determinase aquella cualidad, la confusión hubiera sido inevitable. Müller aclara el asunto con el siguiente ejemplo:

*“Supongamos –dice– una raíz que significa brillar, reanimar, regocijar. Esa raíz podría aplicarse sucesivamente a la aurora, que aparecía brillante después de la sombría noche; a una fuente, que saltando de la roca, regocija el corazón del viajero; a la primavera que reanima a la tierra después del sueño del invierno. La aurora, la fuente y la primavera, llevarían así el mismo nombre y vendrían a ser homónimas”.* (Müller, 1964, p. 847)

Pocos han sido hasta ahora los resultados obtenidos en la interpretación de los antiguos sujetos divinos. Reducida es la lista de las divinidades griegas que hasta ahora han podido explicarse de un modo cierto por la lectura de los Vedas. Otra gran dificultad en ese trabajo de interpretación, es la frecuencia de las metáforas del lenguaje antiguo. En aquellos primeros tiempos de expansión de la poesía instintiva de la naturaleza, cada frase, cada voz, encerraba una imagen viva y brillante. Leyendo los Vedas, se comprende con facilidad por qué las hinchadas nubes son llamadas ‘vacas celestes de pesadas mamas’. Por qué el rayo es una ‘flecha’ o una ‘serpiente’. Por qué el día es ‘hermano’ de la noche. En la mitología griega vemos que los dedos de rosa de la aurora designan la tinta purpúrea de que se tiñe el cielo antes de

la salida del sol y que los caballos de Poseidón (Neptuno) son las ondas espumeantes del mar.

Pero muchas metáforas, cuya significación se perdió, son hoy muy difíciles de interpretar, sin que baste para esto sólo con la ciencia, pues es además menester un profundo sentimiento de la naturaleza y una especie de adivinación poética. Cuando la mitología comparada intenta explicar las metáforas y los rasgos poéticos del lenguaje, se ve forzada muchas veces a apartarse del rigor que requieren los estudios de pura filología. El mitólogo, debe ejercitarse, no tanto en el análisis de voces aisladas, sino de expresiones, de frases enteras con que jugaron a su capricho las vivas imaginaciones de los hombres primitivos, que por su condición poseían el sentimiento poético en un grado de exaltación que nosotros desconocemos.

Al apreciar lo complejo que es el trabajo de interpretación a que nos venimos refiriendo, se comprende sin dificultad lo arduo que resulta esclarecer, cuando se trata de identificar, -en seguimiento de las reglas de la filología- el nombre de una divinidad védica, es fácil que dos intérpretes estén de acuerdo, pero que no suele suceder cuando de lo que se trata, es de determinar el sentido primitivo de una divinidad y explicar los mitos en que la misma interviene.

Para Max Müller, la mitología aria, -casi toda- no es más que un desenvolvimiento poético y brillante de las impresiones inagotables que evocan en el alma del hombre el espectáculo del sol y de la luz divina (1964, p. 842), que luego comunica a la conciencia del juzgador. Contra esta teoría solar, hay una meteorológica, mantenida por M. Adalbert Kuhn, y sus principales colaboradores, quienes entienden que no fueron los fenómenos regulares de la naturaleza, sino, por el contrario, los violentos e irregulares, los que con mayor fortaleza, debieron asombrar a sus primitivos observadores, dejando en su imaginación,

recuerdo más duradero y vivo (Kuhn, s.f.), incluso, cuando a consecuencia suya, tomaban la conciencia de hallarse frente a un peligro determinado o verse perjudicados, asumían posiciones extremas, como la realización de sacrificios para sosegar o calmar a la divinidad, que han sido constantes en casi todos los pueblos primitivos.

Por igual, es muy probable que haya sido la naturaleza, toda entera, con su variedad inagotable de expresiones, la que se reflejara en el lirismo de su lenguaje. Puede convenirse que los mitos solares y los meteorológicos son los más numerosos. No puede convenirse en que sean únicos e insulares. Pues, ¿Cómo podría explicarse, sin extremas sutilezas, que respondieran a fenómenos de la luz o de la tempestad, los mitos de Démeter, Perséfone y Dionisos?

Hay que creer que de las sencillas impresiones producidas en el alma del hombre por el espectáculo de la naturaleza y de sus fenómenos, es de donde nació la mayor parte de las antiguas fábulas. Que la Mitología de Grecia, más aún que la de la India, no es una poesía reflexiva premeditada, voluntariamente oscura, sino una poesía rudimentaria, sencilla, espontánea, clara, que si no la comprendemos desde un principio, es porque responde a un estado de espíritu desaparecido, a una manera de ser, de pensar y de sentir, que no es el nuestro, y porque la lengua brillante de las imágenes de que se sirviera resulta ininteligible en las edades de reflexión y de abstracción. En cuanto a la creación de los nombres y de los epítetos de los dioses, debió ser por necesidad contemporánea de la creencia, vaga todavía y mal definida, en los seres sobrenaturales que parecían agitarse en el seno del Cosmos, cual fuerzas demoníacas. Supusieron los antiguos que aquellas expresiones naturales no eran otra cosa que los actos de seres maravillosos, cuyo poder era superior al de los humanos.

Al denominar dioses a esos seres, al pres-  
tarles en la imaginación forma humana, al

interpretar aquellos actos o fenómenos como comportamientos humanos, el lenguaje tuvo por fatalidad, que aplicar o crear ciertas voces provistas de estética. Entre los diversos elementos del lenguaje poético, lo primero que debe analizar el mitólogo son los nombres de los dioses, que como los humanos, tenían su significación, desde donde podemos con facilidad llegar hasta los sentimientos de que fueron expresivas aquellas voces, y determinar con alguna verosimilitud el carácter primitivo de los dioses. Muchos de tales nombres son de fácil explicación, y su etimología aparece comprensible de entrada.

Otros, en cambio, como los que llevan los dioses más grandes y más antiguos de Grecia, se presentan bajo una forma oscura, tanto, que la filología comparada, apenas puede esclarecer. Por cuanto concierne en especial a los dioses griegos, si los nombres resisten al análisis, los epítetos que suelen ser numerosos, se prestan con facilidad a ser explicados. Pero esos epítetos con los que la imaginación griega pudo expresar distintamente los caracteres y enumerar las atribuciones de cada divinidad, pertenecen como su mismo sentido indica, a una edad más reciente que los mismos nombres y, por consiguiente, no pueden tener el mismo valor que éstos. Los calificativos cuya interpretación ofrecen algunas dificultades, son los que expresan ideas tomadas de la naturaleza moral del hombre.

Para estudiar una Mitología hace falta, además, comprender de un modo cierto, las frases de las fábulas en donde los epítetos entran como elementos, es decir, explicar las acciones de que se componen las historias divinas. No hay que olvidar, que ni todos los mitos datan de igual época, ni todos tienen igual procedencia, pues en las mitologías suelen hallarse muchos elementos extraños, y por otra parte, las creencias, ya que no en su fondo, en su forma sufrieron modificaciones por una ley histórica fácil de entender. Merced

a estos estudios comparativos, ha podido establecerse, no sólo la procedencia védica de la mitología griega, sino lo que la naturaleza de la Grecia misma influyó en la poesía de los mitos y en la creación de los griegos, lo cual señala un nuevo punto de vista que los mitólogos ni los abogados debemos olvidar y es el estudio de la naturaleza de cada país, con relación a las creencias, ideas, costumbres, formas de conservar el orden social, en él mantenidas y practicadas.

Por el sistema de la comparación, ha podido conocerse la influencia de unas mitologías en otras de distinto origen, como sucede, por ejemplo con el culto frigio de la Magna Mater y el sirio de Adonis, que hallamos en Grecia. Por esta razón no se puede pretender que una mitología determinada sea igual en todos sus detalles, o que no revele más que los orígenes comunes a una raza.

## Conclusiones

Una vez abordado el carácter del mito y su relación con la denominación de los nombres que reciben sus deidades, gracias a los estudios antes indicados, ha podido llegarse a fijar la filiación de las distintas mitologías y por consiguiente, a reunir criterios válidos para clasificarlas y facilitarse la agrupación de los dioses, que las mismas comprenden, por un orden sistemático, que nosotros intentaremos relacionar con facetas inherentes al plexo axiológico del Derecho.

De ordinario, se suelen presentar los grupos respectivos, como integrantes de tres grandes conjuntos: uno indo-europeo que comprende la mitología hindú, con todas sus religiones y sectas, la zenda o mazdeísta, la greco-romana, la gala y la escandinava. El otro, semítico, el cual comprende las mitologías caldeo-asiria, y egipcia al cual añadimos el africano. El tercero por las mitologías orientales, conformadas por

la china y japonesa en compañía de las mitologías americanas.

A continuación, señalaremos los dioses que se relacionaban de forma directa con el ejercicio judicial, para encarnar aspectos más cercanos a nosotros como la impartición de justicia, ajustándonos en lo posible al orden sugerido.

La hindú: cinco momentos definitivos, deben ser tenidos en cuenta en esta mitología: El Vedismo. Es la más antigua de las religiones profesadas por los arios, cuya lengua desapareció en las incertidumbres y vaivenes de la accidentada política antigua, pero con el consuelo de que muchos de sus aportes quedaron sembrados en el corazón de varios idiomas descendientes suyos. 1) Los Vedas es el primero de los libros sagrados, que abarca el Rig, el Sama, el Yadjur y el Atharva. Allí se enumeran los dioses cuya idea, se corresponde más con fuerzas, energías naturales y formas de adopción de envolturas a través de las cuales, se facilitaba su descenso celeste.

Dichos dioses eran Indra, nombre que significa rey, era el dominador del éter y del cielo. Agni, el fuego, los aditias o personificaciones solares, llamados Varuna, Rudra y Vitra, dioses de la tempestad, Iama o Yama, Dios de la muerte, que atrae de entrada nuestra atención por los fines que perseguimos, pues representa el máximo papel de juez, como que es el encargado de determinar recompensas y castigos a los muertos y era el tercero de los reyes protectores de los ocho ángulos del mundo, que gobernaba la parte sur del universo. (Noël, 2003, p. 1257)

El nombre patronímico de este Dios, era Vairasvata o hijo del Sol y otras varias deidades de menor importancia. Noël, menciona también a Yamadar Maraja, como el nombre que los antiguos hindúes daban al dios de los infiernos, mencionándolo como un Dios equitativo y justo, cuando señalaba los castigos que se imponían a los criminales.

## El Brahmanismo

Representa una modificación de la anterior constelación de seres sobrenaturales, que estuvo sujeta a variaciones del pensamiento de las escuelas que fueron asentándose en tales horizontes. Se conservó, empero Iama, con idénticos roles.

## El Visnuismo

Que supuso una de las dos sectas o herejías en que se dividió el brahmanismo, tomó a Brahma dentro de los numerosos papeles que hubo de desempeñar como padre del linaje humano, se le atribuyó también el de legislador, en donde Iama, aparece como hijo suyo y se ocupa como en las creencias aludidas en precedencia, de ser el señor de la noche, de los muertos y del mundo subterráneo. Y también el juez supremo de las almas. (Sáinz de Robles, 1958, pp. XIV y ss.)

## El Sivaísmo

Formado por los adoradores de Siva, llegó a gozar de la misma popularidad del Brahmanismo. Iama, sigue desempeñando idéntico papel.

## El budismo.

Se le mantiene como el juez de las almas por excelencia. Su aspecto exterior por lo fiero y terrorífico intimida a sus juzgados.

## La greco-romana

Debido a sus múltiples similitudes, -casi que la correspondencia entre sus dioses es absoluta-, hemos decidido referirnos a ambas Mitologías en un solo grupo, lo cual esperamos favorezca la comprensión de muchas de las categorías desarrolladas al comparar las creencias de los dos pueblos.

Su magnificencia cobra fuerza cuando levantamos los ojos al cielo, en medio de una noche

despejada y los posamos en el incomparable espectáculo de la vía láctea, que nos guía hacia la mansión de los inmortales. En medio se erige imponente el palacio de Júpiter y a su alrededor los habitados por los dioses de incuestionables poderes y su radio de influencia, va dejando estelas más débiles en el cielo, hasta propiciar en círculos más distantes, las residencias de dioses menores. Como común denominador, apreciamos que la imaginación griega, dio a todos los integrantes del gran parnaso forma humana, los dotó de cuerpo y subjetividad de ese carácter.

El concepto de la justicia, fue en principio el llamado a figurar dentro de un plano prevalente: Zeus o Júpiter era el centro de toda vida, tanto en los aspectos políticos, civiles, como domésticos. Era quien mandaba en la ciudad y en la familia. “...desde el tallo de hierba, hasta el águila rapaz, todo dependía de una señal de su cabeza”. (Meunier, 1957, 2)

Se erigía en la máxima fuente de derechos y de justicia. Dicé o la justicia se representaba en la caja de Cibele en la forma de una hermosa mujer que atormenta y atonta a otra fea y repugnante mediante golpes contundentes. Esta práctica rudimentaria, que deja resbalar la idea, de arte muy incipiente, difiere mucho del alto concepto de Themis, que personifica nada menos que la ley. Existe entre los mitólogos una innegable confusión entre la proveniencia y las funciones de Themis y de Astrea. Para delinear mejor sus características, opinan algunos que Themis es el principio en que se sustenta la justicia pero de carácter divina, abstracta, representándose como todos la conocemos, con los ojos vendados, porque para juzgar invocando principios absolutos o inmanentes, no es necesario recurrir a soportes sensoriales, mientras Astrea simboliza la encarnación de la justicia, su aspecto concreto, práctico, su semblanza humana, que en sus sentencias ha de detenerse en el examen de las circunstancias que intervienen en la vida y los actos de los

hombres. Suele atribuírsele la ostentación de la famosa balanza (Pérez-Rioja, 1962, p. 73).

La baraja de aspectos de la justicia se diversifica y amplía con la inclusión de las llamadas hijas de la justicia o de Themis. Ubicamos las mencionadas a continuación: Thesmia Telesforos. O la ley:

*“Quien da la ley. Sobrenombre de Ceres y Proserpina. Hija de Júpiter y Themis, aparece representada por una mujer que ha tomado asiento en un tribunal, con una diadema, un cetro y a sus pies un libro con este lema: In legibus salus”* (Nöel, 2003, p. 1219).

### Aequitas

La equidad. En Roma, al igual que en Grecia, acostumbraba distinguirse entre la equidad y la justicia legal. El símbolo preferido para representarla consistía en una matrona de apacible semblante, vestida de blanco, con la mano derecha abierta y en la otra una balanza. Era la personificación de la justicia moral (Pérez-Rioja, 1962, p. 162). 3) Irene o la Paz. Una de las estaciones, hija de Júpiter y de Themis. Símbolo de la dicha entre los hombres y el regalo máspreciado que podían hacer los inmortales a la humanidad (Nöel, 2003, p. 717). Como no podían faltar los seres encargados de conturbar los valores simbolizados por las anteriores divinidades, se establecieron por igual:

a) Até o la injusticia. Dedicada con exclusividad a alterar e inquietar el espíritu humano, para precipitarlo hacia la desdicha y el inconformismo. Sufrió el castigo de ser arrojada por Júpiter del Olimpo. Desde ese momento, quedó vagando por los aires e invadiendo las ideas de los hombres, los convierte en sus aliados o víctimas y domina y devasta la tierra que su semblanza corpórea, no puede llegar a tocar. Personifica al error. Cuando el juramento por el que Zeus se comprometió a dar la supremacía al ‘primer descendiente de Perseo que naciera’, sometiendo así Hércules a Euristeo, Ate lo engañó (Grimal, 1966, p. 59).

b) La injuria y la impudencia. Tenían juntas un templo en Atenas y había en el areópago dos banquillos de plata, uno para el acusador que figuraba la injuria, el otro para el reo o acusado que representaba la imprudencia, bien porque negase el hecho que se le atribuía o para que no tuviese reparo en hablar. Ripa pinta a la injuria con los cabellos esparcidos, corona y cinturón de espinas: otros la describen por una furia, con los ojos inflamados, serpientes en las manos y que saca una lengua de víbora. Cochín la representa por una mujer vestida de un ropaje de color encarnado, de un aspecto horroroso y en actitud de herir. Porta un manojo de espinas y alrededor de su cabeza se levantan serpientes (Nöel, 2003, p. 713). Como los druidas se habían ganado el respeto de las masas populares, la Gala figuraba dentro de las máximas autoridades repartidas entre legisladores y jueces, gozando de singular popularidad al hallarse en el pináculo de la veneración, con atribuciones como misión de imponer sanciones de toda naturaleza, e incluso la de prescindir del concurso de magistrados y otros servidores públicos. Al poseer la hegemonía sobre administración de justicia, enseñanza en varias áreas, extraían de tal manejo pingües ganancias.

*“Enseñaban los druidas, que espíritu y materia, son eternos, que el Universo, aunque sometido a perpetuas variaciones de forma, permanece inalterable e indestructible en su sustancia; que el agua y el fuego son los poderosos agentes de tales variaciones, operando, por efecto de su predominio sucesivo, las grandes revoluciones de la naturaleza, y finalmente, que el alma humana, al dejar el cuerpo, va a imprimir vida y movimiento a otros seres. En su sistema de metempsicosis, consideran los grados de trans migración inferiores a la condición humana como estados de prueba o de castigo”* (Thierry citado por Pérez-Rioja, 1962, pp. XLI y XLII).

c) La calumnia. En Grecia se le representaba como una dama ataviada con extraordinaria elegancia, insinuando con su mirada sentimientos rastreros e innobles. La Credulidad con las desmesuradas y poco atractivas orejas

de Midas, ocupaba un trono en compañía de la Ignorancia y la Falsedad, extiende su mano derecha a la Calumnia, que encamina sus pasos hacia ella con el rostro rubicundo, una antorcha resplandeciente en la mano izquierda y en la restante arrasatrando por los cabellos a la inocencia, representada por un hermoso niño que levanta sus extremidades superiores al cielo, haciéndolo testigo de la injusticia que sufre. Delante de la Calumnia marcha la Envidia, en compañía del Fraude, con la pretensión de ocultar la deformidad de aquélla, y a cierta distancia se ve el Arrepentimiento, con los ojos llorosos en busca de la Verdad, que de lejos camina a paso lento. Ete cuadro ingenioso, pintado por Apeles, le dio bien ganada fama, utilizándose incluso en tiempos recientes, para personificar esos aspectos del alma. (Nöel, 2003, p. 269)

#### La germánica y escandinava:

Para los moravos, Radamas cumplía la función de juzgar a los muertos. Se reconoce, que la mitología germana, es en alto grado impenetrable y por lo mismo, se desconocen muchas de sus características y se halla sumida en un embrollo muy particular, en la medida en que se ha tendido a atribuirle a sus dioses las mismas denominaciones que se reservaban para los dioses romanos, con lo que la confusión ha hecho carrera. Bigvor y Listvor son las furias que guardan las puertas del infierno en donde quien manda es la diosa Hela, cuya sede palaciega se llama la miseria, su lecho, el dolor. Su mesa, el hambre. Su mención se asocia casi de forma instintiva con el lugar de suplicio, conocido como Nastrond, en donde serán confinados los transgresores. Syn o Synia, la diosa de la justicia es la guardiana de las puertas de Vingolf, fastuosa construcción donde moran los dioses, conocida como palacio de la amistad.

#### La caldeo-asiria

Tal vez el más característico de los dioses, cercano a la administración de justicia, sea

Oromazaes, quien vela sobre el justo, sentado en el imponente puente Tchinewood, que forma la barrera entre los dos mundos. Allí juzga las almas. Nació de la más pura luz y simbolizaba el principio del bien.

#### La egipcia

Muy conocida por la nitidez de las funciones que cada dios realizaba. El encargado de juzgar a las almas que llegaban ante su Tribunal era Osiris, luego de la peregrinación de ellas conducidas por Anubis, como se deduce al estudiar los significados de la balanza, símbolo de particulares connotaciones en esta Mitología. Era hijo de Saturno y de Rea, se le atribuye un papel de singular importancia como civilizador de los egipcios, a quienes dotó de leyes justas y benéficas. (Sainz de Robles, 1958, pp. 545 y 546)

#### La africana

Parte esencial de la administración de justicia en varios países africanos era el juramento. Maramba, era una deidad, a la cual se le rendía culto, presidía las ceremonias en donde se prestaba juramento. Los acusados de cualquier crimen, debían situarse a la sombra de su estatua y decir: *'Maramba, tu esclavo, viene a justificarse en tu presencia'*. Y si quien comparecía era culpable, caía fulminado en el acto (Nöel, 2003, p. 841). Lo adoraban los habitantes de Maiamba, provincia del reino de Loango (antiguo reino del bajo Congo) y a la cual se consagraban desde la tierna edad de doce años. Los negros de Angola también le rendían culto a esta divinidad.

#### La china

Se resalta en esta Mitología la tradicional diferencia entre lo bueno y lo malo, que originan el premio y el castigo. Ti-Kang, Señor de los infiernos, aparece rodeado por un grupo que impone respeto, constituido por ocho ministros y cinco jueces, para inspirar la idea

de una colegiatura. Alrededor de su estatua, a los dos costados del altar, están las dos tablas de la ley. Las pinturas representan las escenas del juicio, las diversas torturas de los condenados. Para ser puro basta en veces, suplicar mil veces delante del altar de esta deidad soberbia y magnífica y enriquecer las pagodas y gratificar a los bonzos. En su honor, se ha erigido el mayor de los templos de Pekín. En él era donde el emperador chino, después de su coronación, ofrecía un sacrificio al Dios de la tierra, antes de tomar posesión de su trono. Luego, vistiéndose de trabajador y tomando dos bueyes con los cuerpos dorados y un arado de color rojo con las rejas de oro, labraba una pequeña pieza de tierra, que se hallaba dentro del recinto amurallado. (Nöel, 2003, p. 1222)

### La japonesa

Como la anterior, la idea de castigo, como resultado de los pecados de los hombres, adquiere contornos más sobresalientes e imperecederos. Jemao o Jema es el dios de los infiernos y sólo Amida puede influir sobre su severo juicio en pro de los hombres. Foudo es su representante, quien se encarga de tomar los respectivos juramentos y un ministro suyo, se responsabiliza de emitir un conjuro que tendrá el valor de prueba primera que debe sufrir el acusado que aspira a demostrar su inocencia. Si esta fórmula, no genera ninguna consecuencia, se hace que por tres distintas veces camine el acusado con los pies desnudos, sobre carbones encendidos. En caso de que se quemase, se estaría estableciendo su culpabilidad, pero si sale ileso, entonces se le absolverá. Esta clase de pruebas (juicios de Dios), fueron muy comunes en muchas civilizaciones desde sus albores mismos.

### Las americanas

Como quiera, que la configuración de un solo grupo que represente las varias culturas y estadios de los primitivos habitantes de América es imposible, nos limitaremos a referirnos sólo

a algunas de las etnias, que ocupaban ese territorio. Intentaremos dada la escasez de datos al respecto, centrarnos en los aportes entregados por las mitologías Azteca e Inca. La primera de ellas, tenía como su Dios supremo a Teoti, repartidor de los bienes y administrador de la justicia. Por debajo de él había hasta trece divinidades principales y más de doscientas inferiores, que presidían a los elementos, al tiempo y a los diversos destinos humanos.

Dentro de esos peldaños inferiores, figuraban Tlalic, dios que generaba terror, vengador de los crímenes y causante del hambre, de la peste y de todas las calamidades, Mictlanteuctli y su esposa Mictecacihuatl, jueces supremos, señores de la región de los muertos, Nappatecuhtli, 'El cuatro veces señor', el único dios que perdonaba las injurias que se le hacían. En la Mitología americana no se observa en términos generales, el dualismo que existía en otras organizaciones similares, entre los principios del bien y del mal. Los Incas, creían en otra vida inmortal, en donde la justicia se centraba en la concesión de gloria para los buenos y penas para los malos. Dividían el universo en tres mundos: el cielo (Aanan Pacha), el mundo (Humi Pacha) y el mundo inferior o infierno (Ven Pacha). Sin embargo, creían que la otra vida, era corporal como esta misma. (Varios, 1967, pp. 187 y ss.)

### Referencias bibliográficas

Brochart, S. (2005). *Geografía Sacra sobre los Primeros años del Mundo*. París: H & D.

Cervantes Saavedra, Miguel de. (1990) *El Quijote*. Barcelona, Facsímil del texto íntegro impreso en Madrid por Juan de La Cuesta 1605, 1ª parte y 1615 2ª parte. Ediciones Océano

Creuzer, G. F. (1836). *Symbolik und Mythologie*. Leipzig.

Dumézil, G. (1941). *Juppiter, Mars, Quirinus*. Paris.

- Dumézil, G. (1956). *Déeses latines et mythes védiques*. París.
- Eliade, M. (2001). *El Mito del Eterno Retorno*. Trad. Ricardo Amaya. Buenos Aires: Emecé.
- Eliade, M. (1981). *Lo Sagrado y lo Profano*. Trad. Luis Gil. Madrid: Guadarrama. 4ª Ed.
- Ennio, Q. (2006). *Fragmentos*. Trad. Juan Martos Fernández, Madrid: Gredos.
- Eurípides. (1968). *Teatro Griego*. Trad. de Federico Baráibar y Zumárraga. Madrid: E.D.A.F.
- Gladstone. (s.f.) *Edad Homérica y Juventus*. Mundi.
- Grimal, P. (1966). *Diccionario de la Mitología Griega y Romana*. Trad. Francisco Payarol. Barcelona: Labor.
- Hesíodo. (1983). *Obras y Fragmentos*. Trad. Aurelio Pérez Jiménez y Alfonso Martínez Díez. Madrid: Edad Gredos, 1ª Reimp.
- Jámblico. (1963). *Babilónicas*. Madrid: Gredos.
- Jenofonte. (1965). *Historiadores Griegos*. Trad. Diego Gracián. Madrid: E.D.A.F.
- Laercio, D. (s.f.). *Cuestiones Tusculanas*.
- Meunier, M. (1957). *La Leyenda Dorada de los Dioses y de los Héroe*s. Madrid: Aguilar, 3ª Ed.
- Meyer, Elard H. (1891). *Germanische Mythologie*. Berlín.
- Müller, O. (1825). *Prolegómenos a una Mitología Científica*. Madrid.
- Nöel, J. F. M. (2003). *Diccionario de Mitología Universal*, Barcelona: Edicomunicación, 2 Ts.
- Ogilvie, R. M. (1969). *The Romans and their Gods*. Londres.
- Pérez-Rioja, J. A. (1964). *Diccionario de Símbolos y Mitos*. Madrid: Tecnos.
- Person. (1942). *The Religion of Greece in Prehistorie* Times.
- Píndaro. (1967). *Obras y Fragmentos*. Madrid: Gredos.
- Plutarco. (1964). *Vidas Paralelas*. Madrid: Gredos.
- Rose, H.J. (1930). *Moderns Methods in Clas-sical Mythology*. St. Andrews.
- Sáinz de Robles, F. C. (1958). *Ensayo de un Diccionario Mitológico Universal*. Madrid: Aguilar.
- Samosata, L. (1965). *Obras*. Madrid: Gredos.
- Sófocles. (1968). *Teatro Griego*. Madrid: E.D.A.F.
- Varios. (1967). *Mitología de las Estepas, de los Bosques y de las Islas*. París: Larousse.
- Wissowa, A. (1912). *Religiön und Kultus der Romer*. Munich.

#### Enlaces electrónicos:

Biblia Vulgata. (1816). *Antiguo Testamento*. Madrid: Imprenta de Ibarra. (Con privilegio exclusivo de S.M.) Recuperado <https://archive.org/stream/labibliavulgatal13scio#page/n3/mode/2up>

Huet, P. (1690). *Demonstratio Evangelica ad serenissimum delphinum*. Recuperado [https://books.google.com.co/books?id=YmhLDCUQNM0C&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs\\_ge\\_summary\\_r&cad=0#v=onepage&q&f=false](https://books.google.com.co/books?id=YmhLDCUQNM0C&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false)